

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 393

Barcelona, 1 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

DE NIETZSCHE A HITLER

## La confusión del espíritu alemán

El "orden" hitleriano, negación de la civilización

Del artículo de L. Dumont-Wilden, publicado en L'Ordre del 22 de febrero, bajo los titulares que encabezan estas líneas, traducimos lo siguiente:

Recuerdo mi descubrimiento de Nietzsche como uno de los bellos momentos de mis veinticinco años. Debíselo a Henri Albert, alsaciano regañón y patriota apasionado, que consagró su vida a defender la tradición francesa en Alsacia y a traducir o a mandar traducir al poeta filósofo de «Así habló Zaratustra», en el cual veía no sólo a un genio poético, más seductor cuanto más combatía el conformismo burgués, sino también a uno de los hombres que más crueles sarcasmos dirigieron a la Alemania de Bismarck.

Recuerdo la profunda impresión que me produjo este párrafo de Zaratustra, quien, buscando el hombre superior, encuentra al que llama su sombra y le dice:

«Tu peligro no es pequeño, ¡espíritu libre y viajero! Has tenido un mal día; ten cuidado de que no vaya seguido de una noche peor. Los vagabundos como tú, acaban por sentirse felices hasta en una cárcel. ¿Has visto alguna vez cómo duermen los criminales encarcelados? Duermen a pierna suelta. Gozan de su nueva seguridad.

«Guárdate de que una fe estrecha no acabe por hacer que se apodere de ti una ilusión dura y severa, pues ahora estás seducido y tentado por todo lo que es estrecho y sólido.»

Me parecía que toda nuestra generación pertenecía a esta raza de espíritus «libres y vagabundos», y que, cansados de nuestros «errores», temíamos a la ilusión dura y severa. ¿No nos ofrecía Nietzsche una, y de las más seductoras, adornadas con un magnífico manto de poesía?

Pero ocurre que hemos vivido lo bastante para ver a los más rudos hombres de acción de la época imponer a grandes pueblos estas ilusiones duras y severas. Más o menos sin saberlo Hitler, más conscientemente Mussolini, han impuesto a su nación estas rudas afirmaciones, esta prisión del espíritu, en la que teníamos la ilusión de encontrar, a la vez, el reposo del alma y razones para obrar. Han puesto en práctica el nietzschismo. Y nosotros retrocedemos horrorizados...

En la obra de Nietzsche, llena de contradicciones, hay, sin duda, textos que condenan duramente a los que quieren hacerse amos sin ser dignos de ello. El autor de «Zaratustra» habría tratado severamente el antisemitismo grosero y la incultura sistemática de estos pseudo-discípulos del Tercer Reich. Podemos decirles que su Nietzsche no es el nuestro, pero, ¿no debemos nosotros darnos golpes de pecho? ¿No hemos preparado nosotros, en cierto modo, el ambiente que ha permitido a una parte de Europa construir estas cárceles del espíritu, en donde agonizan hoy la cultura alemana y la cultura italiana, y que, en su confusión, en su horror al desorden presente, algunos franceses estarían, quizá, dispuestos a aceptar? ¡Aprendices de brujo!

Si, al menos, la cárcel nacional y socialista en que el fascismo italiano o el hitlerismo alemán encierran el espíritu, diese a la *intelligenza* de las naciones a las que se han impuesto esa cer-

tidumbre, esa paz y ese orden espiritual a que aspira el personaje simbólico de Nietzsche; pero el hermoso libro que Maurice Muret acaba de dedicar a la *Confusión del espíritu alemán*, muestra que no hay nada de eso.

Maurice Muret observa, en primer lugar, que desde el advenimiento del nacionalsocialismo, hay dos literaturas alemanas: una, la de los servidores del régimen, de un conformismo descorazonador, pero que goza de todos los favores del poder, hasta el punto de que el gran inquisidor Goebbels ha tenido el proyecto de someter la literatura a una especie de *clearing*, en virtud del cual Alemania está cerrada a todos los libros, procedentes de los países extranjeros, en que la literatura oficial alemana no sea distribuida ya bajo la forma de textos originales o de traducciones; otra, la de los refractarios que viven en el exilio, y que son generalmente hombres de talento, la de los Heinrich y los Thomas Mann, la de los Stephan Zweig y de los Jacobo Wassermann. «Tengo la idea—dice Maurice Muret—de que los historiadores del porvenir, los historiadores alemanes de una Alemania apaciguada, cuando piensen en exponer los destinos de la poesía alemana de esta época, atribuirán más importancia y más valor a lo que ahora se publica fuera del Reich que a lo que se edita en Berlín, Leipzig y Munich; el verdadero talento es mal pensado, el verdadero mérito queda al margen.»

Los historiadores del porvenir tendrán, tal vez, que comprobar también que los más importantes de esos escritores y sabios refractarios a quienes el Tercer Reich ha desterrado y borrado de la nación alemana, son judíos.

Hay que decir, por otra parte, que su obra muestra también un terrible desorden. El pesimismo satánico de Wassermann es mucho más deprimente y nocivo que el de un Dostoiéwsky—no menciono el de Celino, que me parece haber querido, sobre todo, «épater le bourgeois».

En toda la literatura de los alemanes refractarios, hay una especie de neurosis que explica la reacción. Pero, ¿es también neuropática esta reacción?

Lo que se desprende de toda esta literatura alemana, tanto de la hitleriana como de la de los desterrados, tal como Maurice Muret lo analiza, con una honradez intelectual y una objetividad admirables, es el exceso, la brutalidad, una especie de salvajismo decadente: el odio de Calibrán a la razón, a la claridad y a la civilización.

¡La civilización! Hans Johst, autor de un *Schlagetter*, que es considerado en Hitleria como la obra maestra del drama patriótico, ha escrito: «Cuando se habla de civilización, monto mi pistola».

Ya estamos prevenidos; el orden hitleriano es la negación de la civilización. El mundo empieza a darse cuenta de ello. A eso nos conduce el nietzschismo puesto en acción. En Italia, el nietzschismo de Mussolini lleva a poner a la nación al paso de la oca. ¡Haga el cielo que en Alemania no conduzca a otras catástrofes!

L. DUMONT-WILDEN.

(L'Ordre, 22-II-1938.)

El orden  
hitleriano es la  
negación de la

civilización. El mundo  
empieza a darse cuenta  
de ello. A eso nos  
conduce el nietzschismo  
puesto en acción.  
En Italia, el nietzschismo  
de Mussolini lleva

a poner a la nación al paso  
de la oca.

España afirma ante el mundo la voluntad de ser libre

El jefe del Gobierno de la República, interpretando el sentir del pueblo español, replica firmemente a la osadía de los invasores protegidos por la "No Intervención"

Por cuarta vez, el doctor Negrín, presidente del Gobierno de la República, se ha dirigido a los españoles, no sólo para dar a conocer la actitud ministerial, sino para afirmar ante el mundo la voluntad popular de vencer al fascismo invasor, pese a sus turbias maniobras y a la complicidad de algunos Gobiernos extranjeros, vergonzosamente complacientes. Eran las palabras de un Jefe de Gobierno y también, al hablar de la patria invadida, las palabras de un español digno, las que la radio difundió en la pasada noche a todos los rincones del universo. Hablaba España; replicaba España, a los diecinueve meses de una guerra que ha sabido soportar contra todas las eventualidades desfavorables surgidas desde un principio e incrementadas por la ayuda insolente del extranjero; hablaba España, por boca de uno de sus hijos, para que el mundo oyera bien estas palabras:

«El pueblo español no se ha dejado nunca imponer voluntades extrañas. Luchó en el pasado y lucha hoy por el derecho a decidir él solo su propia suerte.»

Venían a coincidir las palabras del Jefe del Gobierno español en un ambiente crítico que las cancillerías de Europa intentaban en vano disimular desde hace algunas semanas. El reto de Hitler, la crisis política británica, los debates agudos de la Cámara parisina y el discurso que en el día de ayer pronunció el Ministro de Negocios Extranjeros de la República francesa, subrayado por el Presidente del mismo Gabinete, habían constituido una atmósfera, no diremos propicia, sino densa, para que se entendieran en toda su elocuencia y en todo su alcance las afirmaciones del Jefe del Gobierno español. Aquella coincidencia, este estado actual de nerviosismo diplomático que se traduce en el incesante aumento de la producción de materiales bélicos en todos los continentes, no hubieron de sujetar el discurso del doctor Negrín a expresiones más o menos vagas e imprecisas. Declaraciones tajantes, afirmaciones absolutas. España se sabe desasistida, en condiciones de inferioridad manifiesta, ante la burda argucia del sistema de la *no intervención*, y no por ello ha de abandonarse a un derrotismo improcedente, con su propia responsabilidad, con el entusiasmo del pueblo y con el deseo de reconquistar, a costa de no importar qué sacrificios, la tierra hollada y ultrajada por la planta extranjera.

¿Esperaban acaso oír, desde alguna cancillería más o menos distante, palabras de temor, de vacilación, de duda?... Para ello recordó el Jefe del Gobierno español la gesta de nuestra guerra de la independencia, cuando quien a la sazón era el amo y señor de Europa hubo de abandonar desastrosamente su empresa en España, teniendo ya en ella un emperador y toda una casta de primates traidores a su patria y a sus juramentos.

¿La evacuación de Teruel?... Ahí están los centenares de aviones recientemente llegados a la España facciosa, y cuya procedencia nadie ignora, así como los contingentes de nuevas divisiones italianas y otras importantes partidas de materiales elaborados por Krupp o sus colegas mussolinianos. Se evacuó Teruel ante la superioridad momentánea de elementos extranjeros, llegados a los rebeldes merced a la tantas veces denunciada farsa de la *no intervención*, que nos sigue prohibiendo, en cambio, que la España leal pueda abastecerse de lo más indispensable.

Todo español debe sentirse reconfortado con este cuarto parlamento del Presidente del Gobierno de la República, vibrante, exento de esa retórica inflada de burdas metáforas, tan en boga en otros jefes ministeriales, que conducen al confusionismo cuando no a la provocación. Al reto de Hitler, la afirmación de nuestra independencia; a las divagaciones de algunas democracias, el deseo de continuar

(Continúa en la pág. siguiente.)

ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE



(Continuación)

solos en nuestra lucha, advirtiéndole lealmente la inconsciencia de aquéllas:

«Europa se olvida de examinar el problema de los armamentos, simulando una ignorancia tanto más cómoda cuanto que desarrolla la más elevada curiosidad por conocer la clase y la calidad del nuevo material que Italia y Alemania envían a los rebeldes.»

Si el camino recto y diáfano de España no estuviera trazado por cada uno de sus hijos, las palabras del doctor Negrín habrían abierto una senda limpia; y de aquéllas, la réplica a la impasibilidad de unos y a la complicidad de otros, es una garantía más que no sólo podemos tener en cuenta los españoles, sino todos los que, interesados en nuestra lucha, esperan la hora de hacer sentir sus deseos de libertad y de independencia.

## Los intelectuales de España, por la victoria total del pueblo

«Hemos oído la voz de advertencia y confianza dirigida a España por el Presidente del Consejo, en nombre del Gobierno legítimo, que con tanta dignidad ostenta la representación de nuestro país. Hondamente compenetrados con todas sus palabras, tan claras, tan valientes, tan españolas, sin eufemismos ni veladuras—y que, como él ha dicho con entera verdad, pueden ser así por la confianza inquebrantable con que el pueblo español sostiene hoy a sus gobernantes—, nosotros, hombres de ciencia, escritores y artistas, queremos reiterar pública y solemnemente nuestra adhesión al Gobierno de la República española y nuestro decidido propósito de ayudar a defender, hasta la victoria total, la independencia y la libertad de España.

Nos dirigimos a los intelectuales de la España aherrajada por el fascismo, para que, conscientes de su deber y de los destinos de nuestro pueblo, señalados por la historia, ayuden, desde su campo, a la victoria de la República, que será la liberación y el resurgimiento de nuestro país.

Nos dirigimos, asimismo, a los intelectuales de todos los países, para que laboren tenazmente en favor del pueblo español, que combate no sólo en su propia defensa, sino también por la libertad y la cultura universales.

La guerra nos ha endurecido y ha hecho aún más vivo nuestro sentimiento patriótico. Nos sentimos, hoy más que nunca, parte de nuestro pueblo, y sabemos que no hay sacrificio capaz de detener al pueblo español en su decisión inquebrantable de ganar la guerra, sirviendo de base, sustento y ayuda al glorioso Ejército Popular.

En las escuelas, en los laboratorios, en los estudios o en cualquier otro lugar que se nos asigne, nos dedicaremos desde hoy con más ahínco al trabajo, seguros de que los demás trabajadores harán lo mismo en las fábricas y en los campos. No puede ser otra la respuesta de nuestro pueblo al llamamiento que acaba de dirigir a todos los españoles el Gobierno legítimo por boca de su Presidente.

Nosotros prometemos responder a ese llamamiento con toda nuestra energía. ¡Todos unidos para salvar a España, traicionada e invadida, pero imperecedera y segura de su victoria!»

Aguilar (Juan María), profesor; Alaminos (Luis), profesor; Alberti (Rafael), escritor; Alonso (Dámaso), filólogo; Alvarez Santullano (Luis), profesor; Alvarez del Vayo (Julio), escritor; Bacarisse (Salvador), compositor; Bahamonde (José L.), arquitecto; Ballesteros (Antonio), profesor; Barga (Corpus), escritor; Barnaga (J.), matemático; Bautista (J.), compositor; Bellido (J. M.), médico; Benavente (Jacinto), escritor; Bergamín (José), escritor; Blanco (Vicente), filólogo; Bolívar (Cándido), naturalista; Bolívar (Ignacio), naturalista; Bonet (Juan), profesor; Bosch Gimpera (Pedro), arqueólogo; Buen

(Demófilo de), jurista; Buen (Odón), naturalista; Buñuel (Luis), cineasta; Calandre (Luis), médico; Carreño (Francisco), pintor; Carrasco (Pedro), astrónomo; Castela (Alfonso B.), dibujante; Castrovido (Roberto), escritor; Corominas (Pedro), escritor; Deleito Piñuela, escritor; Díaz Canedo (Enrique), escritor; Díaz del Moral (Juan), notario; Domenchina (Juan José), escritor; Dorronsoro (José M.), ingeniero; Dupeyrier (Arturo), profesor; Elías (Emilia), profesora; Encina (Juan de la), escritor; Fabra (Pompeyo), profesor; Fábregas (Abelardo), maestro; Falcón (César), escritor; Felipe (León), escritor; Fernández Valbuena (R.), pintor; Ferrán (Angel), escultor; Folch y Pi (A.), profesor; Frontera (Ramón), profesor; Garfías (Pedro), escritor; Gerhard (Roberto), compositor; Gori Muñoz, pintor; Graos (José), profesor; Halffter (R.), compositor; Iscar (Agustín), profesor; Junyer, pintor; Lacase (Luis), arquitecto; Landa (Rubén), profesor; León (María Teresa), escritora; Lombardía (César G.), maestro; Machado (Antonio), escritor; Márquez (Manuel), oftalmólogo; Martínez Arconada (César), escritor; Martínez Ferrando, profesor; Martín Echeverría (Leonardo), profesor; Martín (Marcelino), profesor; Medinaveitia (Antonio), químico; Medinaveitia (Juan), médico; Millares (Agustín), profesor; Mira (Emilio), profesor; Miranda (José), profesor; Moles (Enrique), químico; Montilla (Carlos), ingeniero; Nadal (Emilio G.), profesor; Navarro Tomás (T.), filólogo; Nelken (Margarita), escritora; Orueta (Ricardo de), escritor; Osorio y Tafall, profesor; Ots (José María), historiador; Pérez Rubio (Timoteo), pintor; Pi Suñer (Augusto), médico; Pi y Suñer (Carlos), ingeniero; Pla y Beltrán, escritor; Planells (J.), médico; Porras (Antonio), escritor; Pous y Pagés (J.), escritor; Prados (Emilio), escritor; Prados Such (Miguel), médico; Prat (José), abogado; Puche (José), médico; Quero Molares (J.), profesor; Renán (José), pintor; Riba (Carlos), escritor; Rioja (Enrique), profesor; Rivas Cherif (Manuel), oftalmólogo; Rocas (W.), profesor; Rodríguez Bachiller, matemático; Sacristán (José Miguel), médico; Sáiz (Fernando), profesor; Salas Viu, escritor; Salvador (Amós), arquitecto; Sánchez Arcas (Manuel), arquitecto; Sánchez Barrado, profesor; Sánchez Covisa (José), médico; Santaló (Miguel), profesor; Sarrá Serravalle (S.), profesor; Sender (Ramón J.), escritor; Serra Hunter (J.), profesor; Suñer (Santiago), médico; Taris y Marca, escritor; Torner (Eduardo M.), compositor; Torner (Florentino M.), profesor; Trábal (Francisco), escritor; Trias (Antonio), médico; Trias (Joaquín), médico; Trille (Gabriel), profesor; Uriz (Elisa), maestra; Vázquez Díaz, pintor; Vázquez Humasqué, ingeniero; Viladomat (Jorge), escultor; Vinos (Ricardo), profesor; Xirau (Joaquín), profesor; Xirau (José), profesor; Zambrano (María), escritora; Zozaya (Antonio), escritor.

## Manifestaciones del subsecretario de Sanidad

# La organización sanitaria española llevada a cabo durante la guerra nos pone a la altura de los países más adelantados

Desde que se produjo la traición militar fué necesario poner los mayores esfuerzos y las mejores energías al servicio de la lucha contra el fascismo; pero el Estado español no se olvidó de reorganizarse y perfeccionarse en aquellos aspectos constructivos que han de ser la base de la vida futura de la República. Es mucho lo que se ha hecho para elevar el nivel de vida de la población española. Mientras los soldados luchan en los frentes contra el ejército de los fascistas extranjeros, en la retaguardia hay también hombres esforzados e inteligentes que trabajan por el triunfo definitivo, plasmando sus iniciativas en vigorosas realidades. Una de las labores realizadas, orgullo de la República, es la referente a la Sanidad: los servicios sanitarios son ahora infinitamente superiores a los que existían antes de la guerra.

## TODOS LOS ENFERMOS TIENEN POR IGUAL, DERECHO A LA ASISTENCIA SANITARIA DE LA REPUBLICA

Hemos tenido una entrevista con el subsecretario de Sanidad, doctor Planells, y le hemos hecho unas preguntas sobre lo que se lleva hecho en Sanidad desde el comienzo de la guerra. El doctor Planells nos ha dicho: «Al estallar la sublevación hubo una primera fase de confusión en lo que respecta a la Sanidad. El Estado había quedado desorganizado, y todo lo que se hacía por aquel entonces, era prestar ayuda a las milicias que luchaban contra los traidores. Todo el interés estaba puesto en servir al naciente Ejército. Se constituyó el Gobierno Negrín; se transformaron las milicias en unidades de un Ejército regular; se entró de lleno en la reorganización del Estado republicano. La obra constructiva de la Sanidad se proyectó en cuatro direcciones diferentes. En primer término, la asistencia hospitalaria, con la creación de la Dirección de Nosocomios, la cual tenía por exclusivo objeto la instalación de hospitales y sanatorios. Se imponían, de esta manera, unas normas humanas de asistencia, a las que el Gobierno de la República considera que todo el mundo tiene derecho. Las diferencias de trato a los enfermos, no deben tener otro origen que el que dimana de las diferencias derivadas de la propia enfermedad; es decir, que se debe atender a todos los enfermos con arreglo a sus necesidades.

## PERFECCIONAMIENTO Y CREACION DE ORGANISMOS SANITARIOS

Aparte de esta misión concreta, tenía la Dirección General de Nosocomios la obligación de crear proyectos útiles y llevarlos a la práctica siempre que fuese posible. Esto ha permitido la creación de la Dirección General de Luchas Sanitarias, la cual puntualiza todas las tareas de defensa antituberculosa y antivenérea, y contra las enfermedades infantiles, la ceguera, el cáncer, la lepra, las enfermedades profesionales, mentales, de higiene bucal, etc. También fué creada una sección de Coordinación de las Defensas Sanitarias, para unificar los esfuerzos de cada lucha.

Se han publicado los Reglamentos y se ha confeccionado una Estadística comparativa de la organización actual con la que existía anteriormente. Lo que se lleva hecho, está reflejado en esta estadística. Contrasta fuertemente la labor realizada en estos meses de guerra con la incuria pasada. Sólo es preciso indicar, como dato elocuente, que España, hasta llevar a efecto este trabajo, se regía por una Ley de Sanidad de 1853.

No es que sea nueva totalmente la organización central: existía antes.

## LOS NIÑOS SON ATENDIDOS COMO NUNCA LO FUERON

Un buen ejemplo se encuentra en la sección de Higiene Infantil, que ya existía antes de la guerra, la cual había llegado a crear en casi todas las capitales de provincias su respectivo centro; pero no existía unificación de trabajo, y se asistía a un escaso grupo de niños. El interés supremo de la asistencia estaba sometido a otro interés, bien al de los médicos de los centros, en el aspecto profesional, o bien al de personas relacionadas con dicha organización. Actualmente funcionan 42 centros en los cuales se presta asistencia, bajo todos los aspectos que pueda reclamar la puericultura más exigente, a más de 42.000 niños, que permanecen sometidos a un riguroso control médico, sanitario y dietético. Merced a estos cuidados, se ha reducido, en la España leal, la mortandad infantil a cifras desconocidas hasta ahora en nuestra patria.

Idéntico cambio de criterio se ha operado en las demás luchas. En lo que respecta a la palúdica, la labor

desarrollada alcanza, por su extensión y organización, límites que no tienen comparación posible con los conseguidos anteriormente en nuestro país, en la campaña contra esta enfermedad.

Se ha creado también en el Ministerio, la Inspección General de Asistencia Médica, con el propósito de encauzar este servicio. Al mismo tiempo, se mejorarán las condiciones humanas y técnicas en que se desenvuelven los médicos, los cuales, en la mayoría de los pueblos, carecían de los medios necesarios para cumplir su misión, a la vez que algunos de ellos cobraban 2.000 pesetas anuales.

## PERSECUCION DE LOS NEGOCIANTES DESAPRENSIVOS

El cuarto problema es la creación de una Inspección General de Industrias Químico-farmacéuticas. El objeto de esta inspección es el de centralizar la producción de medicamentos y mejorar los procedimientos con arreglo a los recursos del país y a las instalaciones técnicas subsistentes; al mismo tiempo, trabajará para que el suministro de medicamentos sea normal en todo el territorio, de manera que nadie pueda carecer de ellos; asimismo hará imposible toda especulación y todo tráfico fraudulento.

## LA SANIDAD EN CATALUÑA

Al hablar de la organización de la Sanidad en toda la España liberada de la traición de los fascistas, y referirse a Cataluña, en donde dicha organización está a cargo del Gobierno de la Generalidad, el cual trabaja con su mejor voluntad por perfeccionarla, el doctor Planells, terminó diciendo:

«Con verdadero interés, hemos ofrecido a la Generalidad nuestro apoyo para todo lo que signifique mejora de la obra sanitaria. Nuestro mayor deseo es que los beneficios que están obteniendo los ciudadanos de otras provincias españolas, gracias a la labor constructiva y a los esfuerzos realizados por nuestro Gobierno, lleguen también a los ciudadanos de Cataluña. Muchos catalanes se han dirigido a nosotros con el deseo de gozar de los servicios creados en todas las ciudades por esta Subsecretaría, coincidiendo el deseo de estos compatriotas con el nuestro, que es el de que no exista la menor diferencia en la asistencia sanitaria a todos los ciudadanos españoles.

# Durante la guerra, la República ha creado hospitales y ha mejorado extraordinariamente la asistencia de los enfermos

Desde que se implantó la República, en 1931, mejoró la instalación de los hospitales; pero esta labor, como tantas otras que se habían emprendido, quedó truncada en el bienio negro. Durante la Monarquía, los hospitales del Estado o de las Diputaciones eran lugares a donde, según la opinión general, se iba a morir. La mayor desgracia que podía suceder a una persona era tener que someterse a una curación en un hospital. La sociedad imperante entonces, otorgaba esta asistencia como una limosna. Al hospital sólo se iba en calidad de mendigo.

Frío y lóbrego era el ambiente de los establecimientos benéficos; mala comida y malos medicamentos; humillación; a nadie podían quejarse el paciente o sus allegados, en casos de injusticia. Para los poderosos, existían los sanatorios particulares.

En muchos de ellos, médicos desaprensivos hacían pingües negocios.

Se produjo la sublevación, y la República española, en medio de la guerra, emprendió, además de la lucha a muerte en los frentes, la reparación de las injusticias en la retaguardia: comenzó una ardua labor constructiva, y entre los trabajos llevados a cabo, destaca éste del cuidado a los enfermos. Se mejoraron los hospitales; se crearon otros nuevos; se abrieron cursos para enfermeras; se establecieron reglamentos que quitaron a la asistencia el carácter de limosna humillante que tenía. Lo que se hacía como un favor se convertía en una obligación que el Estado tiene con todos los españoles que necesitan curarse. La lobreguez de los hospitales desapareció; entró en ellos un sentimiento humano y civilizado. La única desgracia que

hay para un enfermo es aquella que estrictamente se refiere a su enfermedad. No hay ya monstruosas injusticias o privilegios para los enfermos españoles.

\*\*\*  
«Defender la salud pública—dice un informe de la Subsecretaría de Sanidad—no es sólo atender a las enfermedades epidémicas contagiosas. Muchas otras son también una consecuencia de las condiciones sociales del medio, y, en cierta manera, cabe también al Estado la responsabilidad de su génesis por no haber vigilado las circunstancias que las determinan o impiden su aparición. Por otra parte, el carácter técnico de la función obliga al Estado a ejercer la debida inspección y aun a asumir, en muchos casos, la dirección de los servicios.»

(Continúa en la pág. siguiente.)



# Cultura en la España republicana

Por JUAN MARINELLO

(Discurso pronunciado por el escritor cubano Dr. Juan Marinello en la recepción ofrecida en su honor por la League of American Writers en los Delphic Studios, New York, la noche del 18 de noviembre de 1937.)

Parece que ante un público intelectual como éste, lo que más importa, al expresar una experiencia sobre la trágica España actual, es informar sobre el modo en que entiende el Gobierno del Frente Popular el problema de la cultura. Y claro está que al hablar aquí de cultura nos referimos al esfuerzo por el mejoramiento colectivo; es decir, al cultivo de las potencias y capacidades del hombre en su sentido más lato. Entendido así ese comprometido término, estamos en realidad preguntándonos el modo con que enfrentan los dos bandos contendientes en España el problema de la vida misma.

Más que las palabras de los líderes, siempre sospechosos de apasionamiento y parcialidad, dicen los hechos de los bandos que representan. Los hechos de la España fascista—es decir, de la porción de la península gobernada a contrapelo por Franco y sus aliados—dicen bien a las claras cómo no les importa ni poco ni mucho el cultivo del espíritu, la superación por la cultura. Yo he advertido en gente nada extremista un grande asombro por los decretos en que Franco, estimando un lujo demasiado costoso la enseñanza pública, suprime cincuenta institutos de segunda enseñanza. Yo creo que en verdad no hay razón para tal asombro. ¿Qué intentan los del bando franquista? Simplemente mantener una realidad económica que, vuelta contra el pueblo, se desentiende lógicamente del interés por su mejoramiento. La España de Franco no pretende sino la continuación de la España pre-republicana; es decir, de una realidad nacional de raíces feudales interesada en mantener a la masa popular en la ignorancia. La España leal, perfectamente representada en el Gobierno del Frente Popular, no intenta otra cosa que romper esa feudalidad, obra muy modesta por cierto y que es la que impone esta etapa del proceso histórico español. Y esa feudalidad no se quiebra en definitiva sin el cultivo, sin el mejoramiento de la masa que la sufre.

Consecuente con ese propósito central, la España republicana ha realizado la tarea, que yo creo uno de los más altos ejemplos de nuestra época, de destruir construyendo, de atacar con desigualdad coraje a los ejecutores del designio feudal sin olvidar un instante la transformación mental del pueblo que dominan sus armas. Hay que meditar un poco en la responsabilidad gravísima a que hizo frente la República española el día del golpe fascioso. El Gobierno surgido de la entraña popular significaba el impulso céntrico de la nación hacia una vida de mejor justicia, hacia la superación universal de lo español. Y ahora, por obra de los enemigos del pueblo, se ponía en peligro no sólo el intento superior, sino lo que de admirable e inigualado había ido dejando el espíritu de España a través de los siglos. Los generales fascistas no sólo significaban en su intención el reniego del empuje cultural de la patria, sino que destruían con sus bombas y cañones los mejores ejemplos históricos de la cultura de España.

La República, atacada en la entraña, tenía que realizar, en medio de la guerra más feroz, esta obra en verdad gigantesca: defender a toda costa los monumentos de la cultura pasada—es decir, mantener, a precio de su mejor esfuerzo, la continuidad de la cultura española—y, al propio tiempo, haciendo bueno su carácter, su misma razón de existencia, tenía que transformar la orientación de esa cultura. Las dificultades para realizar la tarea magna requerían muy altas capacidades de respeto y de técnica: una masa popular de tan fina percepción que entendiera, en medio de las rudezas bélicas, la importancia de la defensa cultural, y un grupo de hombres de alta calidad científica que supiera, sin vacilaciones ni precipitaciones, adecuar el torrente superior de la cultura hispánica a las exigencias de un presente que es casi futuro. Ambas cosas poseyó la República.

Veamos la obra de la República en la primera de estas dos grandes responsabilidades: en lo que toca a la conservación del tesoro cultural español. En este campo ha tenido el Gobierno de la España leal una doble tarea a su cargo: pro-

## No es cosa de repetir aquí las oca-

siones numerosas en que los defensores de la República han puesto en peligro sus vidas por impedir la destrucción o el deterioro de libros, esculturas, cuadros o documentos.

teger los monumentos escultóricos y arquitectónicos, así como las bibliotecas y los archivos, de la acción de la metralla fascista, y obtener el respeto por los libros y objetos de arte puestos a la mano del pueblo. En ambas direcciones la comprensión del fenómeno de la cultura ha ido del brazo del buen ímpetu de renovación social. Son incontables los casos en que la aviación o la artillería fascistas han escogido deliberadamente para destruir los centros de cultura o monumentos notables. Ahí están el bombardeo de la Biblioteca Nacional, del Museo del Prado, del Instituto Cajal, del Museo de Arte Moderno, del Instituto Escuela, de la Escuela de Bellas Artes, del Jardín Botánico, del Instituto de San Isidro, del Palacio del Infantado, del Palacio de Liria, de la pila bautismal de Cervantes y del sepulcro de Cisneros. Las escuelas atacadas por el plomo cavernario son incontables. Sólo en Madrid han sufrido sus efectos catorce grupos escolares. Es interesante advertir como los resultados de la continuada agresión son de poca cuantía. Ello se ha debido, no sólo a la rapidez y eficacia en la contestación del ataque, sino principalmente al cuidado puesto por salvar monumentos, edificios, libros y documentos de la furia enemiga. El día 23 de julio de 1936, en seguida de estallar la insurrección fascista, atendió el Gobierno a la organización de una Junta encargada de la defensa de los elementos de cultura atacados o puestos en peligro. La obra de esa Junta, que en febrero del 37 se transformó en el Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Museos, ha sido en verdad meritoria. Quien haya visitado Madrid lo sabe bien. Cuanto de valor notable o eminente contenían las bibliotecas y los museos madrileños está a buen recaudo. Será inútil todo esfuerzo por su destrucción. Y aquellos monumentos que por su tamaño no han podido llevarse a subterráneos seguros, han sido encerrados en verdaderas fortalezas, donde dormirán defendidos hasta el día de la victoria.

No hay que decir que en una situación de renovación social, que significa por su esencia el mando de los que hacen la renovación con sus manos y con su sangre, nada significaría el interés gubernamental sin la colaboración de los soldados del pueblo. Puede afirmarse que no se hubiera salvado la cultura española en sus más logradas representaciones si el hombre del pueblo no se hubiera movido en su servicio. No es cosa de repetir aquí las ocasiones numerosas en que los defensores de la República han puesto en peligro sus vidas por impedir la destrucción o el deterioro de libros, esculturas, cuadros o documentos. ¡Y esto lo realiza una masa humilde a la que el enemigo tiene por primaria y salvaje...!

El que visita la España trágica de hoy queda admirado del respeto casi religioso con que el verdadero pueblo trata cuanto tenga valor de cultura. Puedo decir de mi experiencia que en Valencia y Madrid viví en casas de la vieja nobleza convertidas hoy en lugares de refugio y descanso de soldados del Ejército Popular y de responsables de organizaciones sindicales y políticas. En esos palacios abundaban los objetos valiosos por su mérito artístico o por el precio de su materia. Todos estaban a la mano de hombres rudos y sencillos, venidos de la fábrica o de la campiña. Por meses vi cómo aquellos objetos, mirados y examinados por todos, quedaban en sus puestos sin excepción. Hasta los retratos familiares de condes y marqueses permanecían, como el día que huyeron sus dueños, sobre las cómodas y las mesas de noche. Ni aun las ropas, que bien necesitan a veces los habitantes actuales de esos palacios, han sido movidas de los armarios.

Yo quiero decirlos una ocurrencia de mi estancia española que me parece, por el contraste que significa, del mejor relieve sintomático. Visitaba yo, en compañía de algunos jóvenes cubanos ahora oficiales en el Ejército Popular español, la ilustre Alcalá de Henares. Entramos en el convento de las Carmelitas Descalzas, convertido en cuartel por necesidades de la guerra. Las camas de los soldados poblaban todos los locales. Junto a ellas, objetos de oro, plata y piedras preciosas, con libros de muy alto valor. Pregunté a un grupo de soldados por qué razones cuidaban con tanto respeto objetos y libros.

Me contestó uno por todos: «—Muchas de estas cosas no sabemos justamente lo que representan o valen. Los libros, escritos en latín o en el castellano de otras épocas, no lo entendemos; pero nuestros jefes nos han dicho que es necesario conservar todo esto para que cuando llegue la victoria haya sufrido lo menos posible la cultura de España...» Salimos del convento y nos dirigimos a la Universidad famosa. Imaginad la emoción de un hombre de libros al saberse a dos pasos del patio en que discurririeron como estudiantes Mariana y Tirso de Molina, Nebrija y Antonio Pérez, Quevedo y Moreto, Pérez de Montalbán y Arias Montano, Figueroa el Divino, San Ignacio de Loyola y Lope de Vega. ...Y suponed el efecto que causaría en mi espíritu contemplar el patio insigne despedazado por la metralla fascista. El soldado del convento de las Carmelitas Descalzas era la voz del pueblo auténtico entendiendo su marcha hacia una mañana de justicia. Aquel patio que simbolizaba la cultura de España era la prueba y la acusación de una España vencida que quiere en su huida despedazar a su enemigo verdadero: el espíritu de liberación que late y triunfa bajo toda cultura que merezca tal nombre.

La conservación y cuidado de los valores culturales nacionales toca a veces en la España leal a extremos que para el observador miope parecerían sentimentales o románticos. No hay tal. Ocurre simplemente que el Gobierno del Frente Popular entiende que cuanto en algún aspecto significa exaltación ejemplar de las calidades españolas debe conservarse primero y entregarse al pueblo después. Detrás de los soldados vencedores de Brihuega marcharon con Javier de Winthuisen los técnicos de jardinería, con objeto de subsanar de inmediato los desperfectos que la terrible batalla hubiera podido causar en los famosos jardines ahora entregados al cuidado y a la delectación de todos los españoles.

(Continuará.)

## Durante la guerra la República...

(Continuación)

Vamos a dar algunos datos, publicados por dicha Subsecretaría, referentes a los hospitales de asistencia general con cargo al Estado, los cuales se encuentran en funcionamiento como consecuencia de esta orientación política:

Instituto Nacional del Cáncer (Madrid), camas. . . . .	100
Hospital Nacional de Cirugía, ídem. . . . .	350
Hospital Nacional Infantil (Madrid), ídem. . . . .	350
Hospital Nacional de Medicina, ídem. . . . .	350
Hospital de Refugiados de Valencia, ídem. . . . .	250
Policlínica Roldán de Cartagena, ídem. . . . .	250
Hospital de Alcañiz (Teruel), ídem. . . . .	100
Hospital de Barbastro (Huesca), ídem. . . . .	150
Hospital de Caspe (Zaragoza), ídem. . . . .	100
Leprosaría Nacional de Fontilles, ídem. . . . .	350
Internado Dermatológico de Moncada, ídem. . . . .	100
Instituto Oftálmico (Madrid), ídem. . . . .	250
Maternidad de Carcagente (Valencia), ídem. . . . .	50

Todas las camas aumentadas en los citados nosocomios, se elevan a 2.750. Pero no sólo ha habido este aumento: lo más importante radica, sin duda, en las mejoras introducidas en la instalación general y, sobre todo, en el orden moral.

También se ha terminado la instalación de los nosocomios siguientes: Hospital de Lorca, camas. . . . . 100 Hospital de Gandía, ídem. . . . . 100

Hospital de Villarrobledo, ídem. 100 Instituto Oncológico Madrileño, ídem. . . . . 50

«Es proyecto de la Subsecretaría de Sanidad—advierte este informe—por medio de su Inspección General de Nosocomios, la creación de una red hospitalaria general que comprenda todo el territorio leal, y donde queden perfectamente encajados los servicios nosocomiales de carácter provincial y municipal que deban ser mantenidos por sus condiciones de instalación y funcionamiento. En resumen: el esfuerzo del Gobierno del Frente Popular en este capítulo no puede aún calificarse matemáticamente.»

\*\*\*

He aquí algo de lo que el Gobierno de España ha hecho en cuestión de hospitales, mientras que tres naciones europeas luchan, con los procedimientos más innobles y más bárbaros, por apoderarse de nuestra nación. Este es uno de los múltiples ejemplos con que la República demuestra al mundo entero sus esfuerzos por hacer de España un país independiente y digno que pueda ponerse a la altura de los que se encuentran a la cabeza de la civilización.

**SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO**



## La situación italiana y la aversión del pueblo a la guerra contra España

El beato imperio creado por Mussolini está dando ya al pueblo italiano parte de sus frutos: hambre, miseria, falta de trabajo y desesperación. Todo lo contrario, exactamente, de lo que Mussolini prometió cuando se inició la campaña de Abisinia. La conquista del imperio etíope—gritaron con todas sus fuerzas los fascistas—dará a Italia pan, café, cobre, trigo y, en general, todos los productos que ahora se ve obligada a importar.

Además, la exuberancia de nuestra mano de obra encontrará una salida en nuestro territorio, donde nuestros obreros podrán trabajar para nosotros, emancipándose así de la explotación extranjera.

Estos argumentos, pregonados por toda la prensa, difundidos por radio y proclamados con arrebatado histérico por todos los jerarcas fascistas, hicieron presa en un pueblo que muere literalmente de hambre y que, para salir de la penosísima situación en que se encuentra, está dispuesto a todo, hasta a cometer el más odioso de los crímenes: la agresión a un pueblo que no le ha hecho nada y cuya única culpa consiste en poseer lo que los italianos no tienen. La guerra abisinia tuvo sólo un momento—uno solo—de popularidad. El embotamiento de las inteligencias tuvo buen éxito; pero la embriaguez duró poco. Si bien el Gobierno fascista intentó impedir el regreso de los soldados que habían combatido en Africa, al fin tuvo que prometer que volverían a Italia, y lo que éstos contaron acerca del imperio conquistado no era a propósito para mantener el entusiasmo. En una palabra: después de la conquista de Abisinia, la miseria no sólo no desapareció, sino que aumentó notablemente; el hambre y la falta de trabajo se agudizaron y se hicieron crónicas; de la promesa de bienestar imperial no quedaban sino los mutilados, los tuberculosos y un terrible vacío en la caja del Estado.

La situación política y económica del régimen salía fuertemente comprometido de la aventura etíope. El Gobierno buscó una distracción, y la encontró en la traición de Franco a la República española. Ya no es Abisinia la tierra prometida del fascismo italiano; ahora es España.

«España dará a Italia riqueza y bienestar.» Esto prometieron los fascistas.

Después de llevar el fascismo diecisiete años predicando la guerra como medio para conquistar la riqueza nacional, el pueblo contesta: «Pero, ¿qué guerra! ¡Pan, queremos pan! ¡La guerra que la hagan los jerarcas fascistas que están saciados, no nosotros que nos morimos de hambre!...»

A pesar de esto, cada provincia tiene que enviar determinado número de «voluntarios» a la causa de Franco. Pero, en vista de que cada cual trata de sustraerse a esta obligación, el Gobierno recurre al acostumbrado fraude, a las promesas, que está seguro de no poder cumplir. Promete a las familias de los «voluntarios» 600 liras al mes; en el momento de enrolarse, el «voluntario» recibe un premio de 200 liras, se le asegura el sueldo y un «plus», que le serán pagados «religiosamente» en España—lo cual equivale a la confesión de que, hasta ahora, el «voluntario» trabajaba a crédito; es decir, al azar—, y una vez la guerra terminada, se le promete una posición definitiva y «muy productiva...» en España.

El campesino italiano tendrá en España tierras en abundancia, porque—dicen los fascistas—Mussolini será el verdadero dueño de Iberia y dispondrá de sus campos, de sus industrias y de sus minas.

Las promesas, sobre todo para un pueblo hambriento y esclavo, en un país empobrecido por el latrocinio del Gobierno, son verdaderamente seductoras; pero tienen un pequeño defecto: el

precedente de la promesa africana, que empezó con la primera guerra de Eritrea (1886), pasó por la de Libia y culminó en el espantoso «bluff» fascista de la conquista de Etiopía. Tantas promesas, tantas desilusiones; por cada guerra—incluso la guerra mundial—un nuevo aumento del hambre y de la miseria.

El pueblo ha acabado por no creer en la conquista económica obtenida por la guerra. Sobre todo, ya no cree en las promesas fascistas.

Ahora, con el asunto austriaco, el fascismo tropieza con una nueva desgracia: Italia hizo la guerra a sus aliadas, Austria y Alemania, para librarse—así se dice ahora—de la amenaza austriaca que pesaba perpetuamente sobre Lombardo-Veneto. La guerra costó cientos de millares de víctimas. No se sabrá nunca exactamente cuántos fueron los muertos, porque durante la guerra, en los comunicados del mando, no morían más que austriacos, mientras que los italianos... nacían. Después de la guerra se dijo que los muertos fueron 300.000; pero como a los nacionalistas, que querían valorizar la victoria echando en la balanza a los muertos, les parecían pocos esos 300.000, añadieron, por su cuenta, otros 200.000; a su vez Mussolini agregó 100.000—lo que eleva el total a 600.000—, y en el último discurso en que habló de los muertos, sólo por especulación, elevó la cifra a 650.000. Es de esperar que, en su próximo discurso, haga ascender al millón los muertos en la guerra, y que se quede ahí... Sea como quiera, el número de víctimas fué grande, no hay duda. Después de aquella carnicería hecha, según se dice, para librar a Italia de la amenaza tedesca, ahora, merced a la política disparatada de Mussolini, Italia tiene en sus fronteras un Estado más belicoso y agresivo que la Austria de Francisco José. «Es un Estado aliado—contesta Mussolini—con el que tenemos de común la ideología.» Pero nadie cree en la solidaridad... ideológica, porque todos recuerdan que Mussolini, en 1935, movilizó y armó gran alboroto porque Hitler amenazaba con hacer lo que ahora ha podido conseguir tranquilamente, sin que el «terrible» Duce intentase siquiera chistar.

La prensa italiana, sumisa al régimen, se esfuerza por expresar su alegría por la mala pasada de Hitler; pero en Italia nadie cree en esta alegría, porque todos saben que el «compadre» alemán se ha aprovechado de la debilidad italiana—debilidad militar y económica—para conseguir el Anschluss—uno de los puntos del programa nacionalsocialista—, y que este hecho sería suficiente para considerarlo enemigo de Italia, si Italia no tuviera la desgracia de estar gobernada por un criminal loco, rodeado de una taifa de individuos que quieren vivir alegremente a expensas de la miseria y de los duelos de las naciones.

Las dificultades en que se debate el régimen, empujan a Mussolini a buscar un empréstito en Londres.

Julio César va al Monte de Piedad. Chamberlain y sus Halifax están dispuestos a negociar. Para éstos, el fascismo es un lobo hambriento al cual se puede hacer callar dándole a roer unos huesos. El criterio es justo: el lobo estará callado mientras roa los huesos; pero cuando haya repuesto sus fuerzas, volverá al ataque: contra los que le echaron los huesos; claro es. Más práctico sería dejar que se consumiera y se muriese de rabia.

Pero, a los conservadores ingleses, la muerte del lobo les causaría mucha pena.

U. C.

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

**EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.**

gran revuelo. Se dió aviso de lo ocurrido al jefe del personal, y éste lo comunicó al capitán Fuciños, que se hallaba ejerciendo las funciones de alcalde por designación de las autoridades militares.

El capitán Fuciños estimó que la detención de su subordinado se había hecho en forma irregular y arbitraria, y para protestar, cogió el teléfono y llamó al Gobierno civil, donde le dijeron que allí no se había dado ninguna orden de detención contra funcionario alguno del Ayuntamiento. Llamó luego al cuartel de la Guardia civil, donde tampoco sabían nada, y, ya irritado, hizo que le pusieran al habla con el mismo coronel de la Guardia civil. Haro, a quien denunció lo sucedido. El Coronel debía estar en antecedentes, porque el capitán Fuciños, después de lo que le respondió, no se permitió insistir. Los funcionarios municipales que se hallaban presentes—entre ellos yo—oyeron entonces la sabrosa mitad de aquel edificante diálogo. El capitán Fuciños, excusándose, pedía humildemente que, para no amenguar su autoridad personal, simplemente por el prestigio del cargo, cuando se presentaran casos así, se le informase previamente. El estaba dispuesto a secundar las iniciativas de los falangistas, pero que se le pusiera en antecedentes, por lo menos.

—Yo no me opondré—decía— a entregar a los falangistas al funcionario de mi mayor confianza, mi coronel; pero le ruego que se me prevenga antes. Cuando, en lo sucesivo, Falange quiera llevarse algún funcionario, que me lo diga antes para destituirle previamente, y así no padece el prestigio de la autoridad... ¿No le parece razonable, mi coronel?

Al desgraciado funcionario se lo llevaron los falangistas a Puente deume. Un cuñado suyo, capitán de Artillería, y otro funcionario municipal de significación derechista, hicieron averiguaciones y consiguieron dar con él. Fueron a Puente deume y lograron verle en la prisión. Allí les prometieron que el preso sería bien atendido, y les aseguraron que su detención no tenía más causa que el deseo de esclarecer determinados hechos.

Dos días después, *La Voz de Galicia* publicaba una información de su corresponsal en Puente deume, según la cual la Guardia civil, al dar una batida por aquellos alrededores, había tenido un encuentro con una partida de extremistas fugitivos en el lugar llamado La Chapela. En el tiroteo habido entre los guardias y los rebeldes, habían sido muertos cuatro de éstos, cuyos nombres se publicaban a continuación: uno de ellos era el funcionario del Ayuntamiento de La Coruña, Manuel Prado Allegue; otro, el Registrador de la Propiedad de Puente deume.

XI

**LAS MUJERES ANTE LA CÁRCEL**

El terror, decretado friamente desde arriba y ejercido sistemáticamente por las cuadrillas de falangistas, era cada vez más intenso. Ya no pasaba día en el que no apareciesen cadáveres en las carreteras de los alre-

dedores de La Coruña, principalmente en la ya famosa cuesta de la Sal, y en la misma carretera de circunvalación que pasa por la puerta de la cárcel, de donde se sacaba a los presos para asesinarlos.

La cuadrilla de falangistas que mayor número de asesinatos cometía, seguía siendo la del procurador Salla. Aparte el Alcalde de Santiago, el pintor Díaz Balleño y otros varios galleguistas caracterizados, esta cuadrilla asesinó al militante de Izquierda Republicana José Areosa, y a numerosos obreros y campesinos tildados de revolucionarios. Una noche, asesinaron a once muchachos de las Juventudes socialistas; otra a seis afiliados de la C. N. T. Los hermanos Casteleiro, sastres de La Coruña—de quienes ya he hablado con ocasión de sus primeros crímenes—, acudían a otra tropilla de asesinos, que casi todas las noches dejaba sembrados de cadáveres los parajes solitarios de Punta Herminia, la playa de Santa Cristina y Bastiagueros.

La mayor parte de las víctimas de estos crímenes eran anónimos militantes de las organizaciones proletarias. Recuerdo, entre ellos, a un antiguo sindicalista, llamado José Villaverde—apartado hacía tiempo de las luchas sociales—, que tenía un puesto de periódicos y libros viejos; también a Juan Antonio Suárez Picayo, hermano del diputado, al que detuvieron, en unión de un operario de las cuadrillas de limpieza del Ayuntamiento y de otros dos obreros, cuando se hallaban escuchando las noticias de Madrid por la radio. Los cuatro fueron asesinados aquella misma noche.

También sacaron de la cárcel, para matarlo, a Jacinto Méndez, al que detuvieron por haber estado en el Gobierno civil cuando se hizo resistencia a la sublevación. Méndez era un buen padre de familia, que se ganaba la vida dando clases particulares y vendiendo libros en comisión. Tenía una hijita de corta edad, a la que una vez dejaron entrar en su celda para que pudiese besarla. A los pocos días, apareció el cadáver de Jacinto Méndez en la carretera de circunvalación, a poca distancia de la cárcel.

El abogado y poeta don Arturo Noguero, que era funcionario del Ayuntamiento de Serantes, fué detenido en La Coruña—según publicó *La Voz de Galicia*—por haber propagado noticias tendenciosas. No se supo más de él; no se tuvo noticia de que ningún tribunal le hubiese juzgado: se supo únicamente que su cadáver había aparecido, una madrugada, cerca de El Ferrol. Roberto Blanco Torres, que fué gobernador de la República en Palencia y estuvo detenido en La Coruña, apareció asesinado en Orense; al recoger el cadáver, se advirtió que le habían robado el reloj y las botas.

Y así, cientos y cientos. Las mujeres de los presos, cuando iban, por las mañanas, a la cárcel a llevarles la comida, recibían, aterrorizadas, la noticia de que el preso había sido puesto en libertad la noche antes. Invariablemente, el cadáver aparecía aquella misma mañana.

(Continuará)

## Lo que han hecho en Galicia

### El terror en la provincia de La Coruña

X

#### CUESTION DE COMPETENCIA

Una mañana, a los pocos días de haber comenzado los asesinatos—serían próximamente las once—, se detuvo a la puerta del Palacio Municipal de La Coruña un automóvil, del que bajaron cuatro muchachos arma-

dos y con las insignias de Falange, y un sargento del Ejército. Preguntaron cuál era la oficina de Intervención y, una vez en ella, reclamaron al jefe, don Manuel Prado Allegue.

Este, que se hallaba trabajando en su puesto, al oír que se le requería, se puso en pie y contestó:

—Yo soy. ¿Qué desean?

Los cuatro falangistas le encañonaron con sus fusiles, y llevándole, con las manos en alto, le sacaron de la oficina y le metieron en el automóvil en que habían venido, que partió acto seguido en dirección al campo. Entre los funcionarios del Ayuntamiento, pasado el primer momento de estupor, se produjo un